

EN TUS MANOS – NOVIEMBRE 2025

Vivir la Vocación con Alegría es un Testimonio Poderoso

Como joven seminarista que servía en la Parroquia Santa Inés de Bohemia en el barrio de La Villita en Chicago, llegué a apreciar muchas costumbres y tradiciones de las que nunca había oído hablar como hijo de un inmigrante irlandés. Una de estas costumbres era *la mordida*. Esta costumbre mexicana es una divertida práctica de cumpleaños en la que se empuja la cara del cumpleañosero hacia el pastel para el primer bocado, a menudo acompañado por los invitados gritando "¡Mordida!" y dando como resultado grandes risas, fotos memorables y recuerdos duraderos.

La mayoría de las personas se sorprenderían si alguien metiera su cara en un pastel de cumpleaños, pero la costumbre de *la mordida* tiene sus raíces en el amor y sirve como un bendito recordatorio de los familiares y amigos que nos acompañan a lo largo de la vida, ya sea que estemos juntos en la alegría, como en una celebración de cumpleaños, o reunidos en la tristeza.

El desorden que queda (¡una cara cubierta de pastel y glaseado!) puede ser un recordatorio apropiado para el cumpleañosero o la cumpleañosera de que el camino de la vida será complicado.

Con cada año que pasa, estamos invitados a dar una gran mordida a la vida y elegir vivir plenamente comprometidos con la aventura con la que Dios nos ha bendecido. Y, sin embargo, muchos de nosotros tenemos miedo de esa mordida, incapaces de abandonarnos al potencial desorden que la vida puede traer. Cuando nos entregamos a la voluntad de Dios, lo que puede implicar subordinarnos a otros, puede ser aterrador.

Dios llama a cada uno de nosotros a un momento de entrega, a entregarnos al propósito para el cual Dios nos ha creado, ya sea a través del sacerdocio, la vida religiosa, el matrimonio o la vida de soltero. Nuestro llamado vocacional llega como un regalo de Dios a través de la comunidad

que nos rodea. Suyas son las voces que nos invitan a dar el mordisco, *¡Mordida!*, y entregarnos al llamado de Dios, sin importar el desorden o incluso la humillación que pueda venir con ello. En una cultura que generalmente pone la libertad personal por encima de todo, podemos tener dificultades para discernir y entregarnos a la vocación de nuestra vida. Si miramos a nuestro alrededor, vemos que menos vecinos buscan casarse o consideran un llamado al sacerdocio o a la vida religiosa. Sin embargo, aunque al mundo que nos rodea puede parecerle extraño entregarnos a Dios y comprometernos con los demás, hacerlo da como resultado las mayores alegrías de la vida.

La primera vez que fui testigo de la costumbre de *la mordida* me pareció bastante extraño – una multitud de personas gritándole a alguien que le dé una mordida a su pastel y luego metiendo su cara en ese pastel. ¡Eso no tenía sentido para mí! Sin embargo, a medida que fui conociendo a la gente y sus tradiciones, comencé a abrazar la belleza de sus costumbres. Esa tradición de cumpleaños se convirtió para mí en una celebración de la vida y un recordatorio de que nadie debe vivir solo o aislado. Al permitir que mi propio rostro fuera empujado dentro de un pastel, he experimentado la alegría de ser amado por otros, quienes me han animado a abrazar mi vocación y a experimentar la absoluta dulzura que una vida bien vivida puede ofrecer.

Al vivir con alegría y fidelidad nuestra vocación, nos convertimos en testigos para los demás. Debemos ser valientes al revelarnos a nosotros mismos y nuestras tradiciones católicas al mundo que nos rodea. A medida que otros nos conozcan y vean el compromiso con el que vivimos nuestra vocación de matrimonio, órdenes sagradas, vida consagrada o vida de solteros, ellos también podrán optar por abrazar nuestras tradiciones. Nuestro testimonio vocacional de hoy puede servir para invitar mañana a otros a no tener miedo, a confiar en Dios y a dar una gran mordida a la vida.